



29 de febrero de 1880¹

Formarse en la unión con nuestro señor y en su divina semejanza

Mis queridas hijas:

En el Evangelio de hoy hay una palabra que os invito a meditar, o más bien que quiero tratar de desarrollar con vosotras desde el punto de vista de la unión con Jesucristo: *El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo desparrama*², dice nuestro Señor. Se podrían dar muchos significados a estas palabras que conciernen a la vida humana, pero quisiera considerarlas desde un punto de vista que hemos meditado juntas a menudo y al que debemos volver siempre.

Como sabéis, estamos incorporadas a nuestro Señor Jesucristo por el bautismo; somos un solo cuerpo con él. Jesucristo es la cabeza; nosotros somos sus miembros. La Iglesia de Dios es el cuerpo místico de nuestro Señor Jesucristo, un cuerpo que se formará y desarrollará en la tierra y tendrá su complemento y plenitud en el cielo. Cada una de nosotras forma parte de este cuerpo místico, es uno de sus miembros. Se comprende rápidamente que quien no obedece a Jesucristo, su Cabeza, quien no quiere dejarse formar como él quiere, va contra Jesucristo.

Nuestro Señor Jesucristo vino a la tierra para hacer una obra, dio su sangre para redimir a todos los hombres que estaban en una humanidad miserable y pecadora. Todas las almas que lo han deseado se han beneficiado de esta Redención: pues, según la observación de San Agustín, la sangre de Jesucristo basta con creces para redimir a todas las criaturas. Pero hay quienes no quieren la salvación que Él trae, y Jesucristo redime entonces a los elegidos. ¿Qué son los elegidos? Son aquellos que quieren ser miembros del cuerpo místico de Jesucristo, que quieren trabajar con Él, que quieren caer bajo su influencia, para parecerse a Él y vivir de Él.

Si imagináramos a un hombre hundido en un pantano donde hubiera muerto, y si, por una hipótesis imposible, supusiéramos que los pies de este hombre estuvieran pegados a este pantano, echara raíces allí, produjera ramas y se convirtiera, por así decirlo, en una naturaleza inferior que vive de la tierra y está pegada a ella, esto nos parecería espantoso. Sin embargo, esto es lo que hace un hombre cuando, en lugar de poner simplemente sus dos pies en la tierra, recibe las influencias de la tierra, deja que todas las inclinaciones y tendencias terrenales surjan dentro de él, y permite que la vida inferior se desarrolle dentro de él y salga de él. ¡Cuántos hombres hay que viven así!

Hermanas, ¿no queda siempre alguna tendencia terrenal en nosotras, algo más de lo que necesitamos para pisar la tierra? ¿Somos como el pájaro en la rama? Al pájaro no le importa si

¹ 3º domingo de Cuaresma

² Lc 11,23

la rama se rompe, ¿no tiene alas? ¡Cuántas de nosotras tenemos todavía algo que viene de la tierra, todo lo que es orgullo, todo lo que son las inclinaciones inferiores que compartimos con las bestias! Porque cuando estudiamos a las bestias, vemos que tienen resentimiento, ira, celos y una serie de inclinaciones inferiores que compartimos con ellas.

Pues bien, hermanas mías, para vivir incorporadas a nuestro Señor Jesucristo, para depender de él, debemos separarnos, dejar todo lo terrenal, no aceptar ninguna influencia de ese lado. Sobre todo, debemos ponernos bajo la influencia de aquel que es nuestro Padre, escuchar sin cesar su palabra, volvernos sin cesar hacia él, buscar sin cesar ser como él.

Cada una de nosotras debe ser algo de nuestro Señor. ¿Qué? Es una pregunta que debemos hacernos a menudo. Tenemos que decirnos: en la eternidad, debo ser algo del cuerpo místico de Jesucristo; pero ¿qué me ha dado Jesucristo para ello? ¿Qué me pide? ¿Soy apta para ser como la mano, como el pie, como el corazón de la Iglesia? Sabéis que se dice de las religiosas que están destinadas a estar en el corazón de Jesucristo por medio de la adoración, la oración, el amor y los sentimientos elevados. Por último, ¿hay algo en mí que pueda parecerse lo suficiente a este original perfecto para que él me reconozca un día como perteneciente a su cuerpo místico?

Una religiosa tiene que buscar una unión íntima. Debe llenar su corazón, su voluntad, sus actos, con el santo Evangelio y el espíritu del que vino a traerlo. Debe ver a Jesucristo en sus misterios, buscar lo que más debe reproducir en su vida según el atractivo que Dios le da. Hay almas que tienen una gran devoción a la Pasión de Nuestro Señor; otras, a la Santa Infancia, a la vida oculta; algunas, al camino de persecución de Nuestro Señor. A muchos les gusta seguirle en su vida pública, durante la cual sólo buscó la gloria de su Padre y sólo hizo la voluntad de su Padre.

Por todas partes llevaba la salvación, anunciando los caminos que llevan a Dios. Vivió en tal pobreza que ni siquiera tenía dónde reclinar la cabeza. Enseñó a los apóstoles, a los setenta y dos discípulos y a las piadosas y devotas mujeres a las que enseñó y formó. ¿Por qué estaba Magdalena a los pies del Señor, escuchando sus palabras, si no era porque le estaba revelando los misterios del reino de los cielos? Eso es lo que hace con nosotras, hermanas mías, primero por lo que oímos, por lo que se nos enseña, y también por lo que nos dice en el fondo del corazón.

Dios ha destinado a cada una de nosotras a llevar la semejanza de nuestro Señor Jesucristo de una manera particular. Debemos, pues, apresurarnos a formarla en nosotras, y temer perder el tiempo en cosas vanas, en cosas de nada, en las ocupaciones mezquinas de esta vida. No sabemos de cuánto tiempo disponemos para realizar esta gran obra, por lo que es importante no perder ni un minuto; y debemos hacer buen uso de la oración, del trabajo, de las ocupaciones de la vida religiosa, del silencio, del Santo Oficio, y de todo lo que, de un modo u otro, pueda ayudarnos a entrar en los planes de Jesucristo.

Hemos visto a hermanas morir jóvenes y llegar a un parecido visible con Jesucristo. Una, entre otras, muy querida en nuestra memoria³, llegó a esta semejanza por la paciencia, la mansedumbre y la caridad. Como sabéis, su gran preocupación en su última enfermedad fue adquirir todos los grados de amor que hubiera podido alcanzar en una vida más larga. Toda mi oración -decía- es pedir al Señor que me dé todos los grados de amor de los que soy capaz». Al unirse a Nuestro Señor por amor, se esforzaba por reproducir en sí misma su semejanza divina.

Es copiándole por amor como llegamos a parecernos a Él. No recuerdo qué santo dijo: mirar a Jesucristo es ya tenerlo como modelo, imitarlo, hacer lo posible para que se imprima en nosotras su semejanza divina. Mirarle con los ojos del corazón, amar con Él, es santificarse con Él y transformarse en Él.

¿Qué quiero decir con esto, hermanas mías? Todavía nos queda una parte de la Cuaresma. Aprovechémosla muy fielmente para no perder el tiempo, para no ceder a la naturaleza. Si viene la tentación, no la escuchéis, no te preocupes por ella, no vivas en torno a ella ni en torno a ti

³ Sor Marie-Catherine de la Preciosa Sangre (1828-1870)

misma. Vive en torno a nuestro Señor Jesucristo, con quien debemos trabajar y amar, para que, cuando venga a coronarnos, nos encuentre incorporadas a Él en el bautismo, en la santa comunión y también en el fervor de una vida que habrá sido imitación de la suya.